



UNA GRAN MANSIÓN, UNA RUINA, UNA UTOPIÁ*

ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER

Buenos días. Muchísimas gracias al señor Decano y a las autoridades de esta Facultad por brindarme la oportunidad de hablar ante ustedes. Me siento muy honrado por la invitación que me han hecho.

* * *

Tengo conmigo un texto que de alguna manera dice casi todo lo que quisiera decir. Soy historiador pero soy también un arquitecto frustrado, y veo a la geografía como algo fundamental. El texto en concreto es de Leon Battista Alberti, el Tratado sobre la Edificación, dedicado a la arquitectura, y me sirve de preámbulo para lo que quiero decir sobre la Universidad de Chile.

* * *

Dice Alberti: “Cuando vayas a reflexionar sobre los modelos, entre los factores que habrás de sopesar deben encontrarse los siguientes: en primer lugar, no emprendas algo que sobrepase las fuerzas humanas, ni asumas una empresa que vaya directamente en contra de la naturaleza”. Primer axioma. “¡Cuántas cosas hechas por la mano del hombre hemos leído y vemos con nuestros ojos que no han perdurado por el sólo hecho de haberse enfrentado con la naturaleza!”.

* * *

Sigo con Alberti: “A continuación debes tener cuidado para no embarcarte en una empresa durante cuya consecución se te acaben las fuerzas, sin haberla llevado a cabo”. Otro axioma. Y añade: “Viene a continuación una de las necesidades más importantes, cual es la de considerar no sólo cuáles son tus posibilidades sino también qué conviene que hagas. No apruebo aquella célebre prostituta de Tracia ni el recuerdo de su época, una mujer que ordenó se le levantara una tumba a un coste increíble: en efecto, a pesar de que hubiera conseguido con su oficio de prostituta las riquezas de un rey, no fue en absoluto digna de un sepulcro real. No critico en cambio a Artemisia, reina de Caria, que levantó ...

una tumba lujosísima a su amado e ilustrísimo esposo; aunque también en esos temas alabaría el comedimiento. Horacio le echaba en cara a Mecenas que estaba loco por su manía de construir. Yo, por mi parte, apruebo la conducta de aquel que, según Cornelio Tácito, le alzó a Otón una tumba modesta pero duradera”. Sigue Alberti: “A esto hay que añadir que no debes emprender una obra que, aunque sea por lo demás práctica, decorosa y en absoluto difícil de realizar, aun estando a tu favor posibilidades y circunstancias, sea ella misma de una índole tal que vaya a venirse abajo por descuido del heredero o aburrimiento de quienes la habiten.”

* * *

En ese contexto es que me parece que hay que ubicar a los Andrés Bello y otros que tuvieron el buen sentido y fundaron esta Universidad. En efecto, a sabiendas de esta necesidad, de la precariedad, con que uno puede encontrarse en el mundo, y más aún aquí en América, es que dichos sabios construyeron y lograron un espacio, una frágil fortaleza, como ésta. Universidad que, sin embargo, por desidia, nosotros podemos perder. Nosotros, como herederos de este legado (para usar la expresión del señor Decano: éste es un “legado”), podemos dejar de entender lo que hemos recibido. Podemos desubicarnos y perder el hilo de ese sentido alguna vez orientador.

* * *

¿En qué otro lugar, sino en la Universidad se enseñan lenguas muertas? Nosotros tenemos todavía un Instituto hebreo en la universidad, tenemos estudios grecolatinos en esta Universidad, todos muy prestigiosos. Dudo que los profesores que allí cultivan dichas disciplinas puedan hacer ese mismo trabajo en cualquier otra universidad, en las setenta y tantas universidades que se están creando: las “prostitutas”. Pero, no me refería solamente a aquella resonancia, la de aquella “geisha” a que alude Alberti. Se pueden construir mausoleos muy imponentes, pero con el correr del tiempo, caen en desuso, se los desatiende, se vuelven ruinas.

* * *

En efecto, no hay nada más anacrónico que una universidad. No hay nada más anacrónico que una universidad antigua y no nueva. No hay nada más anacrónico que una universidad pública, y ciertamente no tan vistosa y flamante como aquellos mausoleos de las “prostitutas” que aparecen, cada vez más, entre nosotros, por ahí. En ese contexto es que debemos re-ubicarnos. Postulo, pues, aceptar el anacronismo, el “poder” del anacronismo en tanto éste mantiene, en sí, cierto espíritu imbatible, ruinoso —por cierto— pero no del todo perecible.

* * *

La universidad pública se ha desplazado, se ha desubicado. La han desplazado y descolocado. Desde luego, universidades públicas como la Universidad de Chile han perdido su rol histórico. Esta universidad, en su momento, tuvo a su cargo toda la educación pública de este país, tuvo a su cargo la superintendencia de educación, tanto secundaria como primaria. Esta era la universidad que otorgaba los títulos de excelencia en este país. En la

Universidad de Chile inicialmente no se dictó docencia. Se trataba de un cuerpo académico; estaba allí (en sentido geográfico) para establecer los estándares académicos. Después se fue ampliando a otros propósitos de orden más docente. La docencia se hacía inicialmente en el Instituto Nacional, y la Universidad de Chile sólo vino a tener esa función varias décadas después. Pero decía que la universidad ha perdido su rol en nuestros días. La Universidad durante el siglo XIX y ciertamente durante un período importante del siglo XX, cumplió funciones eminentemente políticas, vale decir, de liderazgo. El setenta por ciento, u ochenta... perdón, puede que sea el noventa por ciento de nuestras autoridades político culturales en las décadas del 50 o 60 del siglo inmediatamente pasado, provino de nuestra universidad. Con el correr del tiempo enfrentamos una mayor competencia. Una competencia, inicialmente, leal, luego desleal.

Es importante que nosotros tengamos como competencia a una Universidad Católica, o incluso a esos otros pequeños mausoleos que se están creando, aunque reconozcámoslo, de muy distintas y variadas categorías. Yo me eduqué inicialmente en una universidad privada en el extranjero (la Universidad Johns Hopkins) -¡ojo!- y por tanto creo en dichos establecimientos. De hecho, creo que, en la actualidad, hay dos universidades privadas en potencia --lo he dicho varias veces, lo vuelvo a repetir--. Pienso que la Universidad Diego Portales y la Universidad de los Andes son probablemente las únicas universidades que tienen un potencial alternativo para competir en tanto universidades de calidad. Porque, evidentemente, vivimos en un mundo más competitivo, que se rige en función de leyes del mercado, y no hay que ser ingenuo.

* * *

En cuanto a la Universidad de los Andes, me atrevería a sostener que hay cierta seriedad ahí, porque lo que está detrás de la Universidad de los Andes es el modelo monástico, el modelo conventual, la gran tradición escolástica, y eso no es algo menor. Siguen un modelo probado de muy lata duración. He ahí todavía Oxford, Cambridge, París, Bologna, etc.⁽¹⁾ Por tanto hay que ser casuístico en esta materia. La competencia, cuando está a la altura, cuando nos permite aspirar a ser “mejores”, es estimulante y nos puede ser útil. Con todo, el contexto competitivo en que nos movemos es confuso, y, a veces, brutal. Tengo entendido que las universidades privadas son, en este momento, el principal avisador en los diarios, inmediatamente después de las grandes casas comerciales. Pilar Armanet (autoridad a cargo de la Educación Superior en el Ministerio de Educación) dijo, hace un par de años, de que se gastaban 25 millones de dólares anuales en publicidad. No seamos ingenuos. Ése es el nivel, el contexto, en que debemos competir.

* * *

Pero, además, nosotros, en la Universidad de Chile, debemos competir también y fundamentalmente con nuestra propia historia. Recordemos los que nos decía el texto de Alberti: los herederos pueden olvidar. Los herederos pueden, por desidia, dejar a un lado su propia historia. Los herederos pueden no estar a la altura de su propio cometido. Un poco como cuando los conquistadores españoles les preguntaban a los descendientes mayas cómo habían construido sus templos; a lo cual respondían que no sabían, lo habían olvidado. En el camino –antes de la llegada del europeo– el pueblo maya se desubicó, se perdió en ese laberinto que construye día a día el olvido. Es tarea nuestra, por ●●●

consiguiente, volver a encontrar la salida del laberinto, reubicarnos en el tiempo y en el espacio, en la cartografía de nuestra historia todavía por hacer. Hacer del presente ruinoso, nuestra utopía todavía pendiente. Ese lugar-no-lugar que se perdió, que no podemos todavía puntear en el mapa, pero que está ahí, aunque por ahora “ni ahí”. Sólo entonces estaremos a la altura de lo que ya antes hemos sido, y dejar de ser como esos mayas un tanto amnésicos.

* * *

Conste que probablemente la Universidad de Chile, a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, era la mejor universidad de lengua hispánica en el mundo, tomando en cuenta incluso a las universidades españolas: Salamanca, Barcelona, la Complutense y otras. Esta universidad, en tanto que idea humanística, por aquel entonces, aún se sostenía en pie. En el siglo XX la situación cambia. La Universidad pierde su rumbo. Lo pierde, fundamentalmente, por dos o tres razones. Una, la intromisión del estado y las instancias administrativas fiscales: de modo claro, desde la dictadura de Ibáñez, que cambia la ley orgánica de esta universidad. Dos, la Universidad se vuelve profesionalizante, ergo, comercial mercantil. Y también, tres, a causa de la intromisión de intelectuales –como yo, como muchos de los que estamos aquí– que entramos a politizar la universidad, concretamente desde los años sesenta en adelante. Muchas veces hasta con un buen propósito en mente como era la Reforma y eso de que había que hacer de la universidad, como se decía por aquel entonces, una universidad para todos. Pero pensándolo mejor, una “Universidad para todos” no se entiende. Es una contradicción en términos. No existe eso: la universidad no puede ser para todos si quiere mantener niveles altos de rigor y calidad. Y sin embargo ciertos individuos, estoy pensando en José Joaquín Brunner, por ejemplo, o los integrantes del Mapu (salidos de la PUC), quienes planteaban la necesidad de hacer una universidad para todos, al final, han terminado por hacer la universidad para todos. Han logrado lo que hoy llaman “cobertura” total, ofreciendo más cupos a veces que postulantes⁽²⁾. En el *camino recorrido* desde ese entonces, sin embargo, han querido destruir las viejas instituciones, las han aportillado, las han intervenido políticamente desde un bando u otro, tanto desde la dictadura misma como desde la oposición en su momento; o antes, desde los grupos de izquierda y no solamente de izquierda (decir izquierda en Chile es decir centroizquierda y decir centroizquierda es decir centro, al menos históricamente...) Y decir derecha es decir gremialismo... ¡Gremialismo!, ése propósito perverso de la “no política” que sin embargo se transformó, por obra y gracia de..., en política. De lo que se deduce que desde la universidad misma es que se ha ido implosionando a estas instituciones. Y esto no ha ocurrido sólo en la Universidad de Chile, sino también en otras instituciones. Pero –qué duda cabe– esta universidad, por su prestigio, por su sentido, por su orientación, peso y vitalidad, ha sido quizá la más aportillada, el blanco perfecto.

* * *

Lo cual me lleva a un último punto. Es posible que nosotros percibamos a estas universidades o a esta Universidad, en concreto, como ruinas. Es una imagen no solamente poética. Es una imagen fundamentalmente metafórica y a la vez real. Somos una ruina. Esta universidad, me da la impresión, es ruinoso. Basta visitarla, andar por sus pasillos, hablar con personas “anacrónicas” como nosotros, que aún creemos en la Universidad Pública. Personas a quienes nos pueden ofrecer el oro y *un cuanto hay* más en otras instituciones,

y, sin embargo, no nos prostituimos. O, quizá, en una de éstas, no nos han ofrecido un precio suficiente... ¡Si, a veces es un problema de negociación! En fin, esta universidad proyecta un carácter ruinoso. Estoy hablando fundamentalmente, en esta ocasión, a personas que estudian geografía, que estudian diseño, que estudian arquitectura y urbanismo. Ustedes conocen el valor de las ruinas. Sobre la base de ruinas se construyó el Renacimiento. Sobre la base de las ruinas se hizo el Neoclásico. Sobre la base de las ruinas se ha reconstituido todo el pensamiento grecolatino. Se los recuerdo: el mundo árabe se encargó de recoger los papiros de la Antigüedad, y a través de España se nos legó toda esa enorme riqueza cultural. Monjes católicos rescataron, a su vez, esos papiros y todo ese material y lo llevaron a lugares lejanos como Irlanda, para protegerlos de los bárbaros, porque eran documentos que estaban en estado ruinoso, miserable, en un estado tan precario que se caían a pedazos, se desmoronaban. Si ni era ya legible o inteligible la letra que esos documentos consignaban. Fue sobre la base de esas ruinas, de esos “restos” y lenguas muertas, que pudimos reconstruir nuestra imagen del mundo griego y del mundo romano. Y aquí estamos.

* * *

Es en ese “contexto” histórico en el que hay que entender y reubicar a la Universidad de Chile. Universidad que es una gran institución pública, que cumple una función cultural vital, necesaria, y, que, a nosotros, los guardianes de tan vieja mansión, se nos ha legado la responsabilidad de mantenerla en pie. Una gran mansión que debe observar las máximas edificatorias señaladas por Leon Battista Alberti. También, una utopía, un ideal, aunque vivamos en un mundo que se enorgullece de no tener ya ideales. Pero, ¿cómo entendernos sin ellos? ¿Cómo hemos llegado donde hemos llegado hasta ahora, en un mundo, además, tan difícil, tan perdido, como el de nuestra América? Un mundo tantas otras veces, también, en ruina, y sin embargo...

Me siento orgulloso de estar aquí. Y les agradezco que me hayan escuchado.

Alfredo Jocelyn-Holt Letelier es Profesor Asociado de la Universidad de Chile, Facultad de Derecho.

Notas

- (1) Desde que dicté esta clase magistral he cambiado parcialmente de opinión. Sigo creyendo en instituciones privadas como principio general, pero mi experiencia última como profesor, Director del Instituto de Estudios Humanísticos y Bibliotecario de la Universidad Diego Portales, me ha hecho modificar, en parte, mi parecer aquí expresado. De hecho, me opuse terminantemente al cierre de la Facultad de Humanidades de dicha universidad privada a mediados de 2005, medida decretada por el entonces Rector Francisco Javier Cuadra y su Vicerrector Académico Carlos Peña, en aquel momento ambos concordantes al respecto. Eso me significó ser exonerado, después de 17 años como docente de la UDP. Desde entonces sólo hago clases en la Universidad de Chile, en Derecho, Filosofía y Humanidades y Ciencias Físicas y Matemáticas. Reconozco públicamente, pues, mi ingenuidad.
- (2) Tengo entendido, o si no que lo desmienta, que el señor José Joaquín Brunner no dispone de ningún grado o título académico universitario. Posee estudios en derecho y en sociología, pero no terminados. Ello, sin embargo, no ha impedido que se le considere, desde hace años, “experto” en educación, convirtiéndose en, sin duda, el principal artífice de la administración del modelo educativo nacional, legado de la dictadura, durante los gobiernos concertacionistas.